

RESEÑAS

María José Rodilla–León. *Sintonía entre textos, tiempos y espacios: Escritos en los virreinos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Seminario de Cultura Literaria Novohispana/Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Consejo Nacional de Ciencia y la Tecnología, 2004.

En pocos libros que reúnen ensayos diversos encuentra el lector una incitación tan entusiasta y una guía textual tan bien cimentada como en el que hoy presentamos. En pocos, también, se realiza esta sintonía entre crítico y destinatario. No es tampoco muy frecuente que los autores dediquen su obra a los estudiantes; al hacerlo, María José cumple con generosidad y entusiasmo de investigadora y maestra un ciclo perfecto de comunicación entre emisor, receptor y mensaje. No obstante, al pensar en los alumnos, su libro amplía el código de recepción a todos los lectores que a él nos acercamos. Con esto quiero significar que su minuciosa investigación, la claridad de sus postulados críticos, la variedad de enfoques que se ajustan a la pertinencia genérica de los textos que estudia, así como la diversidad temática que elige en las obras analizadas, engloban un espectro de interés y de entusiasmo que hace que el lector se apasione por cada uno de los artículos. Esto ocurre con sólo abrir boca al revisar el índice.

A todo esto contribuyen las palabras liminares de José Pascual Buxó, inteligentes y con el hábil dominio de la historia cultural literaria que siempre infunde a sus textos.

De los diez ensayos incluidos de los que él dice acertadamente: “vale la pena detenerse en el título elegido: el término escritura anticipa ya el carácter literariamente anómalo de muchas de las obras tomadas en consideración” (16), me centraré en algunos que me parecen de gran solidez e interés y que se acercan en cuanto a temas y contexto a los que yo trabajo. “Una lectura del lamento de los vencidos” nos introduce en la desolación y el llanto profundo que vivieron o más bien padecieron en agonía y muerte los antiguos mexicanos al ver la irremisible destrucción de su mundo y civilización ancestrales a manos de los conquistadores españoles. María José toma el modelo de los *icnocuicatl*, “género elegíaco por excelencia y el más adecuado para contar la tristeza y la desesperanza ante el

Signos Literarios

aniquilamiento del mundo azteca y su cultura” (21). Con una intención a todas luces similar a la del criollo o a la del mestizo letrado novohispanos que desean equipar su cultura y el pasado prehispánico dentro de un contexto de validez universal, y al mismo tiempo hacerlo suyo, la autora expresa que este modelo poético: “Sería la fórmula lírica que equivaldría a los temas clásicos del *carpe diem*, el *ubi sunt* y la poesía elegíaca” (21). Con base en investigaciones en fuentes contemporáneas al desastre y en especialistas tan reconocidos como Soustelle, Garibay, León Portilla y Baudot, entre otros, la ensayista analiza la diferencia profunda entre la guerra florida, sagrada, de los mexicas y la de exterminio y conquista de los peninsulares. No pasa inadvertida para ella la importancia ritual que al cuerpo humano le otorgaban los antiguos mexicanos como espacio artificial y simbólico y que Alfredo López Austin ha estudiado tan bien. De ahí que la descripción de los cuerpos despedazados sean tan impresionante en la enumeración de cada uno de los despojos y que sea para la investigadora uno de los aspectos esenciales de los textos prehispánicos. Patéticas al extremo y de gran belleza poética son estas palabras del anónimo escritor “ni con escudos puede ser sostenida su soledad” (24). Al referir la destrucción de Tenochtitlan, María José alude a los Cuatro Jinetes apocalípticos: Guerra, Hambre, Peste y Muerte que recrea también Motolinia. Mención aparte merece el lugar que la estudiosa otorga a Sahagún, quien es voz, canto y lamento de los antiguos mexicanos. La autora opina que uno de los *icnocuicatl* y los Anales históricos de Tlaltelolco fueron escritos por uno de los informantes del fraile franciscano a quien se debe la esmerada y amorosa reconstrucción que de la cultura mexica realizó en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Pertinente en la analogía es la evocación que la ensayista hace entre los escritos mexicas y el Apocalipsis en la tragedia de la destrucción final.

Dentro del contexto de la épica novohispana del siglo XVI destaca Antonio de Saavedra Guzmán. A él dedica la profesora Rodilla un hermoso ensayo: “Dichoso tiempo de la Edad Pasada” o la reivindicación de un criollo. El peregrino indiano se publica en 1599 y pertenece al ciclo cortesiano, que tiene como héroe paradigmático al astuto conquistador de México–Tenochtitlan. La investigadora se detiene en la disyuntiva que se plantea el autor entre ficción y verdad, entre el adorno de los colores retóricos y la realidad histórica en la que desea que se sustente su poema. Es el viejo dilema aristotélico entre referir los sucesos como pasaron, sustancia de la historia, o recrearlo como “pudieron haber pasado” (34) finalidad de la poesía. Asienta María José que el poema:

Abarca un segmento de la historia, un corte en el tiempo de la conquista de la Nueva España, pero no hay multitud de narradores ni miles de historias que se entretengan o enriquezcan la acción principal, como sucede en otros poemas épicos, *El Bernardo*, por ejemplo. (35)

Gran conocedora de la épica europea, Rodilla establece la influencia de Ariosto, Tasso y de la estructura que la retórica dicta para el género. La exaltación de Cortés alcanza los niveles de un héroe que rebasa lo bélico y cumple con el designio providencialista de España de cristianizar a esta parte del género humano recién descubierta. Así, como lo hará Sigüenza años después en *La piedad heroica de don Fernando Cortés*, el capitán extremeño se convertirá en un héroe cristiano y civilizador. Certera y fascinante es la relación que de los elementos maravillosos hace María José en su análisis. No deja de lado una cuestión de gran interés que dentro de los lineamientos de la preceptiva poética se plantean los autores del Siglo de Oro, como es el principio de la imitación de modelos canónicos dentro del género literario que crean. Revela al lector cómo Saavedra traslada los elementos de lo maravilloso medieval al contexto novohispano para ensalzar la gloria del imperio católico español:

Los cantos XIII y XIV están cuajados de elementos enraizados en ese sobrenatural milagroso o maravilloso cristiano y que también aparecen relatados por Bernal en su *Historia verdadera*: las consabidas ayudas de Santiago en la batalla (canto VI, estrofa 51); el hombre en su caballo blanco con su espada en la mano derecha (canto XIII, estrofa 62); el agua milagrosa que brota del suelo; el episodio en el que a los indios se les quedan pegadas la manos a la estatua de la Virgen cuando tratan de destruirla. (38)

A propósito de este protagonismo de la Virgen que señala la autora, es importante destacar la participación providencialista de la madre de Cristo como elemento esencial de la ideología católica impuesta en la Nueva España. El culto mariano se inicia con las imágenes protectoras que traen los conquistadores y culminará con la devoción de la apariciones originales de la Nueva España, la de Guadalupe sobre todo, y que será la aportación más sólida y duradera de lo que Ricardo llamó “la conquista espiritual”.

Una constante de la épica española o americana que apunta la investigadora y que contraria los preceptos aristotélicos, es la irrupción de elementos biográficos dentro de la narración poética. Saavedra Guzmán se separa de estos dictados “para jactarse de su linaje de conquistadores y del de su esposa, nieta de Jorge de

Signos Literarios

Alvarado” (39). En este alejamiento de los cánones teóricos clásicos, cifra la ensayista una propuesta reveladora:

El peregrino indiano puede ser Cortés por su peregrinar guerrero y evangelizador, pero también el propio autor [...] Ambos son peregrinos de esta historia: uno con su espada y otro con su pluma, como dice Lope de Vega en el poema laudatorio contenido en los preliminares: “Un gran Cortés y un grande cortesano/autores son de esta famosa historia”. (40-41)

Como la de todo español americano, la personalidad de Saavedra Guzmán está dividida entre el orgullo por lo hispano y la grandeza del pasado indigna. Asimismo, en él se configura, como señala Jorge Alberto Manrique el conflicto del criollo contra el gachupín o chapetón, que le usurpa los privilegios y que lo conduce a delinear, en la búsqueda de símbolos propios, su original y antagónico principio de identidad.

“La ciudad de México de Balbuena” reafirma el legítimo prestigio que María José Rodilla ha obtenido entre los estudiosos de Bernardo de Balbuena. Su artículo se inicia con el gran tópico discursivo, cultural, histórico e incluso mítico que la Ciudad de México ha ocupado en la literatura mexicana desde la época prehispánica. Al igual que en sus otros ensayos, la autora nos revela la solidez y el dominio que maneja en los textos que analiza. Balbuena es conocido ante todo, por su gran poema manierista la *Grandeza Mexicana*. No ocurre lo mismo con su novela pastoril *Siglos de Oro en las selvas de Erifile* y su poema épico *El Bernardo*, que han sido analizados sólo por los especialistas en este autor. Es por ello que es iluminador el descubrimiento de las diferentes perspectivas que Balbuena ofrece de la ciudad en sus tres obras: “bajo el agua en su novela pastoril [...] desde el aire en su poema épico y en la tierra en *Grandeza mexicana*” (43). La autora descubre al lector no especializado la imaginación creativa del poeta del Valdepeñas:

En el *Bernardo*, en los cantos del xv al xviii hay un viaje aéreo maravilloso en una nave con cuatro tripulantes [...] Balbuena imagina la capital del virreinato como la morada de los dioses, una cumbre de poetas, soberbia, inaccesible, de frente altiva, en la que los viajeros en su nave serían como una mota en el espacio, una tilde apenas frente a tal grandeza. (44-45)

Después de esta sorprendente perspectiva, María José anuncia que la que tiene Balbuena de la ciudad en su novela pastoril:

es más curioso y original. El agua, el cristal y las grutas son los materiales poéticos de los que Balbuena se sirve con una gran maestría para adentrarnos al Otro Mundo [...] Se trata de un deslumbrante canto a los paisajes de montañas de agua, estanques y manantiales, cimientos líquidos sobre los que se asienta la Ciudad de México. (45-46)

La fantasía creadora del autor en ambas obras tiene como límites sólo la estilización de su palabra. En la *Grandeza Mexicana*, una larga epístola dirigida a doña Isabel Tovar de Guzmán, una dama que vive en una remota provincia de la Nueva España: “se subvierte el tópico guevariano proclamando la alabanza de corte y el menosprecio de aldea” (46). La *Grandeza* es más que un gran poema que usa los recursos estilísticos propios del manierismo, es una crónica idealizada de la Ciudad de México en la que el cortesano que es Balbuena se deleita con los elaborados productos de la civilización que ofrece la gran urbe. Deleites de los sentidos y del espíritu se concentran en ella. Como capital cosmopolita, congrega las riquezas y los productos de todo el mundo. En los capítulos VII y VIII, “Gobierno ilustre” y “Religión y estado”, surgen los núcleos del poder civil y eclesiástico, a los que encomia sin reserva y a los que se debe la grandeza de las instituciones trasplantadas desde la Metrópoli al Nuevo Mundo. Con aguda percepción María José concluye lo siguiente:

En la Ciudad de México que Balbuena interpreta y acomoda según sus intereses, se superponen dos lenguajes: el florido de metáforas deslumbrantes, destinado al entretenimiento de Isabel de Tovar y el político–apologético, dirigido al conde de Lemos, entonces presidente del Consejo de Indias, y a fray García de Mendoza, arzobispo de México. Ambos lenguajes nacen del ferviente deseo de ver realizadas sus pretensiones eclesiásticas, de tratarse con los espíritus lúcidos de su época, del anhelo de fama y de la necesidad de permanecer entre los elegidos de la ciudad letrada. (49)

Con las palabras citadas, la autora resume los ideales de un cortesano que consume un nuevo descubrimiento y conquista de la capital novohispana: los del artificio verbal que renuevan el ideal renacentista de la urbe como civitas, como centro mismo de hedonismo material y cultural.

Sabemos que no es posible hablar, en los límites de la presentación de un libro, acerca de todos los ensayos que lo integran. No menos interesante para el estudio de un género disolvente como es la sátira, son los artículos sobre dos grandes autores que se inscriben en esta modalidad desacralizadora y mordaz sobre los

Signos Literarios

valores o antivalores de la sociedad que les tocó vivir. Tal es el caso de Juan Mogrovejo con *La endiablada*, obra que critica ferozmente, entre otros, el tema de la honra, tan obsesivo para el imaginario colectivo hispánico.

Otro gran satírico es el inquieto viajero Mateo Rosas de Oquendo, del que la investigadora dice: “Por la obra que se rescató, podemos afirmar que poseía un talento comparable al que Quevedo una pluma mordaz y un verso ágil, cómico y realista, testimonio fiel de los problemas y costumbres de la sociedad novohispana y limeña” (73). Oquendo posee, igual que el gran escritor español, una agudeza caricaturesca que conduce al extremo de lo desagradable e incluso repugnante, como se muestra en los versos citados por María José: “nunca me lavo la cara;/ las uñas por largas que puedan/servir de navaja a falta” (74). Este trotamundos que se curte en los más variados oficios penetra a la perfección, con toda la mordacidad de que es capaz en la sociedad de castas que componen la variopinta colectividad de los dos grandes virreinos. Ve en ellos un laboratorio de mezcla racial. En sus obras desfilan todos los integrantes étnicos de su entorno y los principales acontecimientos como es el motín de negros y mulatos de 1612. De Rosas de Oquendo dice en justicia María José: “En fin, sean motines, costumbres, pretensiones, rencores y pugnas; esclavos y señores, criollos y advenedizos, indios ignorantes o mestizos despreciables, toda la sociedad de castas en cuyas espaldas recaía el peso de la colonia se da cita en la obra de Oquendo” (79).

Para concluir mi comentario acerca de este libro de registros temáticos tan amplios y variados, deseo asentar que en todos los artículos existen siempre constantes que les otorga el sello de la autora. A una cultura literaria amplia que establece puentes entre diversas corrientes y contextos europeos y americanos, se suma un enfoque metodológico y crítico que parte de la obra misma. A esto María José une un estilo ensayístico ameno y riguroso a la vez en el que el interés del lector está siempre sostenido. No me queda más que decir, estamos ante un libro espléndido que es una verdadera aportación a la crítica literaria que actualmente se realiza en nuestro país.

María Dolores Bravo Arriaga

Universidad Nacional Autónoma de México

D. R. © María Dolores Bravo Arriaga, D. F., julio–diciembre, 2005.